

A bordo de la goleta *Collector*¹

Antonio Benítez Rojo

Henriette (Enriqueta) Faber nació en Lausana en 1791 y contrajo matrimonio con un oficial de la Grande Armée de Napoleón. Poco después de enviudar, decidió vestirse de hombre para estudiar medicina en la Universidad de París. Participó como cirujano militar en la desastrosa campaña rusa en 1812. Trasladada a España, cayó prisionera de las tropas de Wellington en la batalla de Vitoria y en esa calidad sirvió como médico en el hospital de Miranda de Ebro. Después de la paz de 1814 decidió establecerse en el Caribe, primero en Guadalupe y después en Cuba, donde practicó la medicina en el pueblo de Baracoa. Allí se casó en 1819 con una mujer, Juana de León, firmando el acta matrimonial con el nombre de Enrique Faber. En 1823, al ser descubierto su verdadero género, se vio envuelta en un sonado proceso jurídico. Fue condenada a servir cuatro años en el hospital de mujeres de La Habana. Debido a sus repetidos intentos de fuga, fue expulsada a Nueva Orleans. Se desconoce con certeza dónde transcurrió el resto de su vida.

Así, pues, en tres días desembarcarás en Nueva Orleans. A lo más cuatro si decae el viento. Hay viajes que no deberían tener fin y éste es uno de ellos. Por más que intentas darte ánimo, no encuentras razón para que allá se te mire mejor que en las ciudades de Cuba. Lo que en Nueva Orleans se sabe de ti no pasan de ser noticias de segunda mano, rumores que han propagado los que viajan desde La Habana; chismes de marineros y comerciantes que, deseosos de asombrar a quienes les escuchan, convierten

¹ Fragmento de *Mujer en traje de batalla*, novela en preparación de Antonio Benítez Rojo inspirada en la vida de Enriqueta Faber.

la llovizna en aguacero y la muerte de una gallina en truculento asesinato. ¡Sabe Dios las abominaciones que se dicen de ti por allá! Si de algo estás segura, es que el muelle estará lleno de curiosos e insultos. No faltarán los salivazos; tampoco la granizada de huevos y verduras podridas. Incluso habrá quien intente pellizcarte las nalgas o rasguñarte la cara. Allí te arrojarán sus culpas y resentimientos el amo y el esclavo, el abogado, el barbero, el zapatero y el sastre. Lo más triste de todo es que, entre la muchedumbre, habrá buenas mujeres que te señalarán sin saber lo que hacen. Aplastadas sus mentes por la ignorancia y los prejuicios, verán en ti una extranjera indecente, un ejemplo reprobable; jamás una amiga. Bien que conoces sus gritos acusadores —te han seguido a lo largo de la Isla de Cuba, desde Santiago hasta La Habana. Aunque en esta ocasión te humillarán en inglés e incluso en francés, tu propio idioma. El momento que más temes, el que ahora empieza a obsesionarte, es el del desembarco —tus primeros pasos por el muelle, asomarte a esas miradas que buscan desnudarte. Hoy, más que otras veces, comprendes la despiadada vergüenza que hubo de padecer tanta mujer que, forzada a desfilarse frente a una turba excitada por el prometido espectáculo, fue al encuentro de la hoguera o la guillotina o la horca o el hacha del verdugo. Es verdad que en tus circunstancias nunca se ha hablado de darte muerte, pero te han ofendido tantas veces que la perspectiva de caminar nuevamente a través del escarnio público se te hace intolerable. A pesar de que has visto lo que has visto en la guerra —los campos de batalla de Austria, Rusia, España— no acabas de acostumbrarte a la insensibilidad del género humano, sobre todo tratándose de gentes educadas. Y claro, ya los poetas satíricos de Nueva Orleans tendrán listas sus coplas. Deseosos de lucirse, te aguardan con impaciencia. Luego publicarán en los periódicos sus cuartetas rimadas calzándolas con los nombres de Sófocles o Eurípides. Pobres diablos, no saben que de haber vivido tú en los tiempos clásicos, tus glorias y miserias quizás habrían merecido la inspiración de algún poeta trágico de renombre. Pero no, ahora que recuerdas tus lecturas ves que no encajas como personaje de teatro griego; Electra, Ariadna y Clitemnestra nada tienen que ver contigo. Sólo una mujer de tu época podría comprenderte a cabalidad, tal vez Mme. de Staël, hija de suizos como tú, espíritu libre como tú. Pero hace nueve o diez años que la baronesa ha muerto y no sabes de nadie más a quien pudieras recurrir para que te defiendan con su pluma —vale decir hacerte justicia ante la posteridad, que de eso se trata. ¡Ay, si tuvieras el talento de esa monja mexicana cuyas obras leíste en prisión, qué versos inmortales no compondrías, que sabias cartas no redactarías! ¡Qué mujer sabe de los hombres lo que sabes tú, qué mujer conoce sus cuerpos y sus almas tanto como tú! Más aún, ¿quién podría definir el lugar de la mujer mejor que tú, que has probado como mujer en el mundo más exclusivo de los hombres? Pero Dios te dio otros dones que el de la poesía y no serás tú la que describa con elegancia los altibajos de tu vida. Desengáñate, tu suerte está echada. Nada tienes ya que esperar. Si alcanzas pasar a la historia, será en calidad de libertina, en el mejor de los casos de infame impostora.

Magistrados, escribanos, testigos, registros, legajos, firmas, sellos, en fin, todos los instrumentos de la jurisprudencia se han concertado para alinearse

en tu contra; han omitido las declaraciones que te favorecían, exagerando las que te perjudicaban. Te han juzgado con premura, con determinación, como si fueras un aborrecible error de la sociedad que hay que rectificar enseguida. Tu pasado ha sido minuciosamente manoseado, discutido y censurado a fin de que tu ejemplo no se repita, ejemplo demasiado peligroso para un mundo que ha retrocedido cincuenta años en sus ideas. Así, tu verdad —lo único que posees— quedará enterrada con tus huesos en algún cementerio de la Luisiana. Y todo volverá a empezar dentro de tres días, quizás cuatro. Y ahora que te imaginas vejada una vez más por la muchedumbre, que te ves desembarcar con la cabeza rapada y el hábito raído que te han colgado arriba, herencia de la vieja monja que murió de fiebre amarilla, sabes que ya no puedes resistir más. Has llegado a tus límites. En el pueblo de Tiguabo, cuando te amenazaron con pasearte desnuda por la calle principal, pensaste en quitarte la vida en el calabozo. Lástima que no te decidieras a hacerlo, Henriette. Lástima que no te decidieras. Y en esta hora en que todos tus esfuerzos y buenas acciones se te revelan como inútiles, que te duele todo el cuerpo de tantas noches a medio dormir, sospechas por qué pediste pluma y papel al capitán del barco. Lo que ahora mismo escribes bien podría ser tu última carta, tu último gesto... Sí, carta a mí misma. Pero quizás de despedida.



Tomas la pluma después de haber leído lo que escribiste anoche. ¡Qué inconstantes son las emociones! Bastó que te permitieran salir a cubierta para que la vista de una hermosa mañana y las palabras amables del capitán Plumet transformaran tu estado de ánimo, sí bien no el de tu cuerpo, aún lento y dolorido. Además, ¡qué presuntuosa eres, amiga mía! ¿Acaso esas «glorias y miserias» de las cuales te jactaste ayer —por cierto con retórica de abogado de provincias— merecen ser volcadas al papel por alguien de talento? De estar aún con vida, Mme. Staël no se habría molestado no siquiera en escuchar tu historia. ¡Ni que fueras Juana de Arco! A la literatura deben pasar las mujeres de altos principios. La perfecta heroína debe desentenderse de su propia persona, de las consecuencias que para ella pudieran tener sus actos. Si su conducta es encomiable, lo es precisamente porque ésta no puede ser comprada ni desviada. Son los nombres de esas mujeres los que merecen ser labrados en piedra, ciertamente no el tuyo. Te concedo que no careces de presencia de ánimo y de perseverancia, pero por más que te duela, debes reconocer que si desafiaste la ley durante muchos años, lo hiciste al principio por compasión, después por ambición, y últimamente por comodidad. No es que hayas dejado de pensar que tanto los jueces como la opinión pública te juzgaron con saña, pero debes admitir que fue el exceso de confianza en ti misma, mejor dicho tu vanidad, lo que te llevó a la prisión. Esta vez jugaste y perdiste, eso es todo.

Y ahora sientes curiosidad por saber lo que el alcalde de La Habana ha escrito en tu pasaporte de convicta. De ello depende en buena medida tu futuro en Nueva Orleans. El año pasado, cuando visitó el hospital de mujeres,

no pareció estar mal dispuesto hacia ti. También cuentas con el apoyo del obispo Espada, que siempre te ha mostrado simpatía. En todo caso es probable que lo sepas al anochecer, pues el alegre y galante capitán Plumet —algo hay en él que te recuerda a tu tío— nos ha invitado a cenar y él es quien guarda todos nuestros documentos. Hablas en plural porque te encontraste en la cubierta con dos deportadas: una mulata sospechosa de hechicería y una melancólica ramera de tu edad, ambas de Nueva Orleans. Si bien no sabías de su presencia a bordo, ellas sí sabían de la tuya. Es curioso el respeto que sienten por ti. A juzgar por sus palabras, has alcanzado la celebridad entre las damas de más dudosa reputación. Se diría que envidian tu fama. ¡Vivir para ver! Pero ahora debes vencer ese cansancio febril que te ha caído encima y arreglarte para al menos lucir presentable; tus dos admiradoras te han provisto de ropas, afeites, calzado y hasta de una peluca. ¿Cuántos años hace que no te vistes de mujer?

(Tres horas más tarde.) Decididamente, el capitán Plumet parece el reflejo de tu tío Charles: la misma quijada prominente, la nariz corva, el rostro atezado, los chispeantes ojos azules, y esa manera desesperada de reír a carcajadas que hubo de adoptar en sus últimos días. Tal vez por eso ayer te animaste a pedirle recado de escribir. Bueno, amiga mía, no tienes mucho de qué alegrarte. La hoja amarilla de tu pasaporte dice: *Enriqueta Faber Caven. Nacida en Lausana, Suiza, en 1791. Súbdita del Rey de Francia. Ha cumplido cuatro años de reclusión sirviendo en el Hospital de Mujeres de La Habana. Ha cometido los siguientes delitos: perjurio, falsificación de documentos, soborno, incitación a la violencia, práctica ilegal de la medicina, impostura (fingir que pertenece al sexo masculino), estupro y graves atentados contra la institución del matrimonio. Se le ha prohibido residir en Cuba y en cualquier otro dominio de la Corona Española.*

Bien lo decías ayer: tu suerte está echada. Y más que echada, firmada por el alcalde y sellada con el cuño seco del Cabildo de La Habana. No obstante, hay alguna esperanza. Plumet te mostró una carta cerrada en la cual, según se le ha dicho, el obispo pide a la superiora de las Hermanas de la Caridad en Nueva Orleans que se haga cargo de tu persona. ¿Querrá decir eso que habrás de vestir con el hábito de monja? ¿Y por cuánto tiempo? ¿Para toda la vida? Plumet se encoge de hombros; nada sabe. Quisiera hacer algo por ti, pero tiene las manos atadas. Hace años, cuando mandaba uno de los barcos de Jean Laffite, te hubiera escondido en un tonel vacío y todo se habría resuelto. Pero después de la guerra los tiempos han cambiado. Las autoridades del puerto cada vez son más quisquillosas y cualquier irregularidad podría costarle su licencia de capitán. Eso te dijo de un tirón, como para salir del paso, mientras te empujaba con premura fuera de su cámara para quedarse a solas con Madeleine y Marie, que en lo de mujeriego también se parece a tu tío. Bien, agradezcámosle al menos sus buenas intenciones y una excelente cena.



Es curioso que aquí, en medio del mar, en esta vieja goleta que transporta cosas tan prosaicas como son el cuero, el tabaco y la caoba, haya regresado a ti

tu viejo sueño con Robert. Hubo un tiempo en que solía recurrir dos o tres veces por año. Después, como si los nombres de Enrique y Henri borraran la vida de Henriette, se fue haciendo menos frecuente hasta desaparecer de tus noches. En todo caso, el sueño con Robert se ha repetido con muy pocas variaciones. Aunque pensándolo bien, hay una diferencia importante: dentro del sueño tenías conciencia de que soñabas lo que ya habías soñado. Tanto es así, que al verte de nuevo en esa extraña y desolada habitación intentaste salir para no entristecerte con la llegada de Robert. Pero por más que te esforzabas, apenas conseguías mover tus miembros y de pronto ahí estaba él, su figura llenando el oscuro hueco de la puerta, esperando tu grito de sorpresa para entrar tímidamente. Como siempre, lleva su vistoso uniforme de húsar —*culottes* húngaros de paño azul, dormán rojo con pasamanería de oro, gorro de piel de oso con larga pluma, botas de becerro a media pierna y colgando del hombro izquierdo la pelliza ricamente bordada. Atado a su muñeca con un cordón de seda, pende su curvo sable; su otra mano conduce de la brida a Patriote, su caballo preferido, la montura cubierta con la piel de leopardo que le regalara el mariscal Lannes. De repente Patriote se encabrita; sus ojos están desorbitados de espanto. Robert intenta calmarlo, pero el caballo se resiste a permanecer en el cuarto y él lo deja ir con un gesto de resignación. Desde el momento en que viste a Robert te diste cuenta de que su estatura había aumentado desde el último sueño. También te pareció que había adelgazado, aunque tal vez no, tal vez fuera una falsa apreciación tuya al verlo tan alto junto a Patriote, que por alguna razón se mostraba con su talla de siempre. Ahora Robert examina las paredes desnudas de la habitación. Su mirada se pasea con lentitud por la penumbra de los rincones, por las vigas del techo, por el noble candelabro de plata, recamado de polvo y telarañas, que hay sobre la repisa del vacío hogar. No hay velas en este candelabro. La gaseosa claridad que flota en la habitación no viene de ninguna visible fuente de luz. Aunque Robert te ha mirado —o mejor dicho, ha pasado su inexpresiva mirada sobre ti— no te ha advertido; para él debes ser algo así como un espejo o simplemente una presencia transparente. Como sabes que ahora ya puedes moverte, decides levantarte del lecho. Una infinita piedad te hace ir hacia él. Robert ha crecido tanto que, a pesar de empinarte sobre tus babuchas, tus labios sólo alcanzan a rozar la cruz de la Legión de Honor que luce en el pecho. «Ah, eres tú. ¿No te parece que aquí en Muret la primavera tarda mucho en llegar?» Al escuchar sus palabras te das cuenta que Robert aún no sabe que ha muerto. Vacilas si decírselo o no y acabas por no hacerlo. Cualquiera que sea su estado, no parece sufrir. Confundida por la situación, sólo atinas a llevarlo de la mano hasta el lecho. Curiosamente, su mano no está fría. Observas que está recién afeitado y que su fiero bigote acaba de ser encerado. Robert se deja desvestir como un niño —siempre sientes la curiosidad de verlo desnudo. Después de desatar el sable de su muñeca y quitarle el gorro, pasas un buen rato desabotonando sus ropas. Finalmente lo acomodas atravesado en la cama, le sueltas las trenzas a ambos lados de su cara y tiras de sus lustrosas botas negras y de sus ajustados *culottes*. Su cuerpo está intacto. Ni siquiera hay rastro de sus viejas

cicatrices. De su largo y conspicuo pene, echado láxamente sobre el muslo izquierdo, emana un tenue resplandor de ópalo. «Ah, eres tú. ¿No te parece que aquí en Muret la primavera tarda mucho en llegar?» Fin del sueño.

Cuando saliste a cubierta justo amanecía. Saliste vestida de mujer y con la peluca de Madeleine. Así desembarcarás mañana en Nueva Orleans. Evitando pensar en Robert y en el sueño, algo que siempre te acongoja, te distraes observando el trájín de los marineros. ¡Qué cosa tan compleja es un barco, incluso la pequeña y vieja goleta de Plumet! La armazón de madera, cuerdas y lonas parece un acertijo indescifrable. Presumes que cada una de sus innumerables partes tiene un nombre específico, algo así como el de las drogas de la farmacopea. Esa vela grande y profunda podría llamarse láudano, y el triángulo de lona que se alza a proa podría llamarse eucalipto, bueno para las afecciones respiratorias. Sumida en esta suerte de juego te encontró Madeleine. Marie, la mulata, yacía mareada en su litera —ambas mujeres comparten el mismo camarote. Es desgraciada Madeleine. También es mucho más joven de lo que parece. La mala vida ha ajado su rostro y endurecido su ceño. Camina como una sonámbula. Si buscaras una palabra para describirla, ésta sería cansancio. Adivinas sus senos fatigados, su ano hecho flecos por el arduo trabajo de vivir de su cuerpo. Según cuenta, ella y Marie viajaron a La Habana con la ópera del Théâtre d'Orleans.

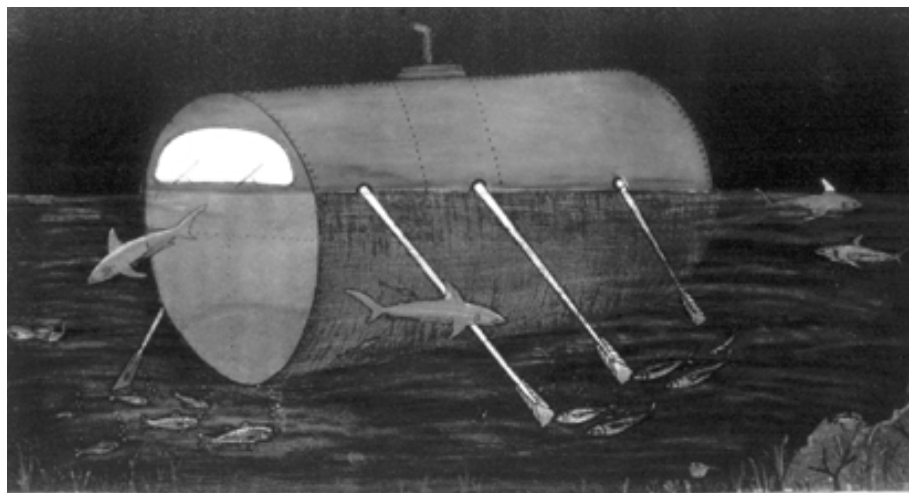
Madeleine no canta, pero el administrador buscaba una mujer zalamera con conocimiento del español y maneras desenvueltas para que distribuyera entre los transeúntes los programas del espectáculo. Marie tampoco canta; vino como peluquera de la compañía. ¿Por qué decidieron quedarse en Cuba? Por la misma razón que tú, Henriette: ganar dinero.

La conversación fue interrumpida por un grumete, el mismo marinerito que anoche quiso entrar en tu camarote y despediste con una bofetada. «El capitán Plumet invita a las señoras a desayunar con él», dijo el muchacho sin apenas mirarte. Cuando te disponías a seguirlo, Madeleine te sujetó el brazo; tenía algo que decirte. Su proposición, dicha con rapidez y nerviosismo, te dejó boquiabierto de asombro. Ya sabías que aborrecía su oficio y se despreciaba a sí misma, pero jamás te cruzó por la mente que la perspectiva de vestir el hábito de las Hermanas de la Caridad le pareciera maravillosa. Madeleine, simplemente, quería ser tú, cambiar la casa de putas por el convento. «Pero para intercambiar pasaportes necesitamos la ayuda de Plumet», dijiste. «Está asegurada», afirmó Madeleine. «Se la compré a buen precio anoche. En realidad nada de esto es problema para él. Se le encargó traer a tres mujeres, y tres mujeres desembarcarán en el muelle». «¿Y Marie?» preguntaste. «Es como si fuera mi hermana», sonrió Madeleine. «Me cortará el cabello a ras de piel, como lo tienes tú».

Así, amiga mía, arribarás a Nueva Orleans con un nuevo nombre, Madeleine Dampierre, y las buenas monjas recibirán en su convento a una falsa Henriette Faber. ¡Carajo, lo que se llama una verdadera comedia de errores! Buena suerte les desees a las dos tú. Naturalmente, Plumet puso precio a su complicidad, que resultó ser exactamente el que esperabas. ¡Qué fácil de manejar son ciertos tipos de hombres!

Horas después, con dolor de cabeza y un poco atolondrada por tanto vino, saliste a cubierta a respirar aire fresco. Había luna llena. Cuando te reclinaste a la borda para sentir las frescas salpicaduras del mar, viste una hilera de delfines que seguían al barco. Sus pulidos lomos, bañados por la luna, parecían enormes monedas de plata que rodaran de canto por entre las olas.

Emerger... Sumergir... Emerger... Sumergir... ¿Y qué otra cosa no es la vida que ese ciclo de vacas gordas y flacas? Ya te las arreglarás en Nueva Orleans. Nada puede ser peor que aquella retirada de Moscú donde, de los que marcharon contigo, murieron nueve de cada diez. Y ahora te viene a la mente tu sueño con Robert. ¿Será alguna señal? ¡Ay mi viejo amigo, qué noches de amor las nuestras! ¡Cómo te extrañé, cómo te lloré! Duerme tranquilo en mis sueños. Siempre estarás conmigo. Para bien o para mal debo a tu muerte todo lo que he sido, todo lo que soy y por siempre seré.



el batiscafo.

El batiscafo (1994)